

tud, ejecutando el mal que aborrezco y sin practicar el bien que quisiera ejecutar; ¿qué es lo que me detiene? ¿quién dilata la disolucion de este cuerpo de pecado? ¿qué es lo que me impide volar con alas de paloma al monte santo? Bien conozco, Señor, que seria esto para mí una gran dicha; entonces podria continuamente sustentarme con este pan delicioso; yo no experimento verdadera alegría sino al pié de los altares; allí gozo de los mas felices ratos de mi vida, pero duran muy poco; es necesario volver inmediatamente á experimentar las molestias y enfados del siglo. ¿He de vivir apartada de vos por mucho tiempo? No, Señor, no hay felicidad perfecta en la tierra, y la muerte es suave á quien os ama.

¿Son estos nuestros pensamientos, católicos, cuando llegamos al altar? ¿Dónde están ahora aquellos cristianos que como los primeros fieles esperan la dichosa esperanza y apresuran con sus suspiros el fin de su destierro y la venida de Jesucristo? Esta es una piedad tan fina, que ya no se conoce, es un idioma casi de contemplativos; pero no obstante, es el fundamento de la religion y el primer paso de la fe; miramos la necesidad de morir como una pena cruel; la sola idea de la muerte, que tanto consolaba á nuestros padres, nos hace estremecer; el fin de la vida es el término de nuestros placeres, habiendo de ser el de nuestras penas; la mantenemos á expensas de la ley de Dios y de las obligaciones que nos impone la Iglesia; los cuidados que molestan al cuerpo son infinitos; en este punto son excesivas nuestras preocupaciones, y si alguna vez sucede el que deseemos la muerte, es por estar cansados de la vida y de sus molestias, es por alguna desgracia, por alguna enfermedad habitual que nos molesta, por alguna mudanza en nuestros negocios, que no nos deja esperar deleites en

el mundo, porque nos faltó un puesto que poseíamos, por una muerte, por un accidente; finalmente, por un disgusto y un deseo de amor propio. Nos cansamos de ser desgraciados, pero no nos apresuramos por reunirnos á Jesucristo, y con todo eso, vamos á comer la cena del Señor, á renovar la memoria de su pasion y anunciar su muerte hasta que él venga; ¡qué indignidad!

En segundo lugar, anunciamos su muerte en este misterio porque en él formó Judas la última resolucion de entregarle. ¿Qué pide, pues, de nosotros esta memoria? ¡Ah, católicos! pide un fervoroso deseo de reparar con nuestras sumisiones la impiedad de tantas comuniones monstruosas que de nuevo crucifican á Jesucristo. ¿Cuántos pérfidos ministros le ofrecen en todos los lugares en donde es conocido su nombre con manos sacrílegas? ¿Cuántos pecadores vengativos, mundanos, impúdicos y ladrones, de todos pueblos y de todas naciones, le reciben en sus profanas bocas? Debemos, pues, nosotros sentir los ultrajes que allí padece Jesucristo; confundirnos en su presencia, contemplando que el mas señalado de sus beneficios es la ocasion de los mayores pecados; temblar por nosotros mismos, admirar su bondad, con la que por un corto número de escogidos ha querido exponerse á las indignidades de esta infinita multitud de pecadores de todos los siglos y de todos los tiempos que le han afrentado y le afrentan; apartar con las lágrimas de nuestro corazon y con interiores suspiros, los azotes que las comuniones indignas atraen sobre la tierra, porque si antiguamente se quejaba el apóstol de que el ser los cuerpos heridos con llagas, las enfermedades populares, las muertes repentinas eran efecto de la profanacion de este Sacramento, ¡ah! ¿cuánto tiempo ha, Señor, que nos estais hiriendo? Arrojaís sobre nuestras ciudades y provincias el

rayo de vuestro furor; armáis los reyes contra los reyes y los pueblos contra los pueblos; no se oye hablar mas que de batallas y de ruidos de guerra; haceis llover del cielo la esterilidad sobre nuestros campos; la espada enemiga despuebla nuestras familias y quita á los padres el consuelo de su ancianidad; gemimos con unas cargas que apartando de nuestros muros al enemigo del Estado, nos entregan al hambre y á la miseria; las artes son casi inútiles al pueblo; perecen las ganancias y el comercio, y apenas basta la industria para socorrer las necesidades; las calamidades secretas y de vos solo conocidas, son aún mas lastimosas que las públicas. Hemos visto á la hambre y á la muerte segar á nuestros ciudadanos y mudar nuestras ciudades en espantosos desiertos; el enemigo de vuestro nombre se aprovecha de nuestras disensiones y usurpa vuestra herencia.

Gran Dios, ¿de dónde vienen estos azotes tan dilatados y terribles? ¿dónde se forman estas nubes de furor y de indignacion que ha tanto tiempo que descargan sobre nuestras cabezas? ¿No estais armado para castigar á los sacrilegos? ¿Los atentados que todos los dias se cometen al pié de vuestros altares contra vuestro cuerpo, no son los que motivan estas señales de vuestra indignacion? Heridnos, pues, Señor; vengad vuestra gloria; mandad al ángel que está en los aires que no detenga su brazo, que no perdone á las casas en donde aun están impresos los vestigios de una sangre profanada: vuestra indignacion es justa; pero no, no vengueis, Señor, unos delitos permitiendo otros delitos; concedednos la paz, oid los clamores de los justos que os la piden: Señor, os dicen con el profeta,¹ *nosotros esperábamos la paz y aun no nos ha llegado este bien.* Haced que

¹ Jerem. 8. v. 15.

cesen las profanaciones que traen siempre consigo las guerras; no castigueis los sacrilegios, permitiendo que se multipliquen sobre la tierra; volved la majestad á tantos templos profanados, el culto y la dignidad á tantas iglesias despojadas, el esplendor y la magnificencia á tantos altares derribados, la paz á nuestras ciudades, la abundancia á nuestras familias, el consuelo y alegría á Israel; volved los hijos á sus padres, á las esposas desconsoladas sus esposos, y si nuestras desgracias no os mueven, muevan os á lo menos las de vuestra Iglesia.

En tercer lugar, se anuncia la muerte del Señor en este misterio porque Jesucristo se ofrece en él á sí mismo, por la separacion mística de su cuerpo y de su sangre. ¿Qué se sigue, pues, de aquí? que debemos estar al pié de los altares como si estuviéramos al pié de la cruz; imitar las disposiciones de los discípulos y mujeres de Jerusalem, que recogieron los últimos suspiros del Señor cuando moria y estuvieron presentes á la consumacion de su sacrificio. ¿Qué horror no tenían éstos á un mundo que crucificaba á su Señor! ¿Os parece que comunicaban con sus asesinos? ¿Temian acaso declararse por discípulos de aquel Señor que tan manifestamente se declaraba su Salvador á costa de su sangre? ¿No decian al Padre celestial: castigadnos, Señor, á nosotros que somos los culpados, y perdonad al inocente? ¿Qué horror tenían á sus culpas pasadas, por las que veian á su Señor clavado en una cruz! ¡qué impresion tan fuerte hacian sus penas en aquellos corazones! Y así, católicos, contemporizar aún con el mundo, no atreverse á declarar abiertamente por la piedad, avergonzarse de la cruz de Jesucristo, medir la devocion de modo que aun persevere cierto gusto del mundo, que se mezele, por decirlo así, con los intereses de nuestra virtud; no confesar á Je-

sucristo á cara descubierta, no atreverse á faltar á un espectáculo en que se hace burla del Señor, á una concurrencia en que se le ofende, á un camino de donde no puede salir entera la inocencia, á un cumplimiento en que padecen las obligaciones de la religion, á un cierto género de vida que tienen por indispensable los mundanos, á ciertas máximas que ofenden al Evangelio y que la costumbre ha acreditado de leyes; vivir con todas estas condescendencias, y con todo eso venir á comer la Pascua con los discípulos de Jesucristo; conservar aún inteligencias con sus enemigos y sentarse á su mesa; hacer estimacion de las máximas que le crucifican y querer ser testigos y compañeros fieles de su cruz, esto, señores, es una contradiccion.

Venció Jesucristo al mundo, le clavó en su cruz é hizo que sus errores y máximas espirasen con él; y así el anunciar su muerte en la comunión es acordarse de esta victoria. Pues si el mundo vive aún y reina en nuestros corazones, católicos, ¿no destruíis el fruto de la muerte del Señor? ¿no disputais á Jesucristo el honor de su triunfo? Y en vez de anunciar su muerte ¿no venís á renovarla con sus enemigos?

Mas: se anuncia en cuarto lugar, su muerte en este misterio, porque es la consumacion del sacrificio de la cruz y nos aplica su fruto. ¿Quién, pues, nos da derecho al fruto de la cruz, y por consiguiente á la comunión? Los trabajos, las mortificaciones, una vida interior y penitente; y si no decidme: ¿os atreveríais á llegar á anunciar la muerte del Señor viviendo entre las delicias? ¿os atreveríais á sustentar un cuerpo como el vuestro, acostumbrado á los placeres, halagado, acariciado, os atreveríais, vuelvo á decir, á alimentarle con una carne crucificada? ¿os atreveríais á incorporar á Jesucristo agonizando y coronado de espinas,

con unos miembros delicados y sensuales? ¿os atreveríais habiendo de convertir su carne en vuestra propia sustancia, á trasformarla en una carne sensual? Esto seria un gran delito. Para alimentaros con la carne de Jesucristo, es necesario que vuestros miembros puedan hacerse miembros suyos y que su cuerpo pueda tomar la figura del vuestro. Su cuerpo, pues, es un cuerpo crucificado, sus miembros son unos miembros que padecen, y si vosotros vivís sin padecer, si no llevais la mortificacion de Jesucristo en vuestros cuerpos, si no habeis hecho jamás, como puede suceder, violencia alguna á vuestros sentidos y deseos, si habeis pasado vuestros dias en una tranquila sensualidad, si os impacientan las aflicciones, si os enfada todo lo que es contrario á vuestro génio, si no os ejercitais en obras de mortificacion, si no recibís bien la que el cielo os envia, ¿cómo quereis unir vuestra carne con la carne de Jesucristo? En esto no se piensa, católicos; pero sabed que una vida sensual, solo es capaz de una comunión indigna.

Finalmente, se anuncia la muerte del Señor en este misterio porque en él está como muerto; tiene boca y no habla, ojos y no mira, piés y no camina; reparad, pues, católicos, y obrad segun este modelo. De este modo debeis anunciar su muerte cuando participais de su cuerpo. Es necesario llegar con los ojos acostumbrados á no ver las cosas de la tierra; con una lengua enseñada al silencio ó á las conversaciones de Dios, como dice San Pablo; con piés y manos inmobiles para las obras pecaminosas, con los sentidos muertos ó mortificados; en una palabra, debeis llevar una muerte universal en vuestro cuerpo. El estado de Jesucristo en la Eucaristía es el estado de un cristiano en la tierra. Un estado de retiro, de silencio, de paciencia, de humildad y de divorcio con sus sentidos. Porque ¿qué